

XVIII

1682(6)

CORREO  
DEL OTRO MUNDO.

---

SEGUNDA EDICION.

TOM. I. NUM. I.

## CORREO DEL OTRO MUNDO.

CONTIENE LA RELACION DEL CONGRESO celebrado en el Olimpo entre Pedro el Grande, Emperador de Rusia; Federico II., Rey de Prusia; Lorenzo de Médici de Florencia, Enrique IV. de Francia, y Carlos V. de Alemania, I. de España; en el que atendidas las actuales circunstancias de Europa, resuelven el plan que seria mas ventajoso para que ésta recobrase su independencia, y para destruir la ambicion del tirano del Continente.

---

EN VALENCIA:

EN LA IMPRENTA DE SALVADOR FAULÍ,  
AÑO 1809.

---

*Se ballará en la Libreria de Cabrerixo junto al  
Real Colegio de Corpus Christi.*

5

---

## CORREO DEL OTRO MUNDO.

OLIMPO 7 DE AGOSTO DE 1808.

Noticioso el gran dios Jupiter de lo desordenado que andaba este pobre mundo desde que él, asaz olvidado de su poder, y poco cuidadoso de sus fueros y preeminencias, entretenido en enredos de amoríos con otra nueva Danae, se estaba solazando; y sabedor de que un tal Napoleon hacia sus veces en la tierra (que tambien las hiciera en el Olimpo, si pudiera escalarle, y á su antojo lo dexaran) llamó á grandes gritos al buen coxo de Vulcano para que al momento le fraguase rayos; pero el dios del fuego mucho tiempo habia que faltaba de su fragua, y se andaba á picos pardos, vengando á costa de la honra de algunos pobres de este valle de lagrimas el ultraje que Marte le hiciera en otro tiempo con su no muy casta esposa Venus: envió pues el dios Tonante al aligero Mercurio para que le buscara por toda la tierra, y dandole las nuevas y pre-

ceptos de su señor, pusiera por obra (aprovechando horas) lo que de él se solicitaba. Con una ligereza increíble atravesó el correvéy-dile divino todas las quatro partes de la tierra, que ya luengos años hacia que no visitaba; y no le fue de poca sorpresa ver trastornado quanto en ella habia anteriormente, sin encontrar casi vestigios de las reglas familias que antes ocupaban los tronos terrestres, ni restos de la antigua geografía, ni... pero todo esto (que en otra ocasion hubiera merecido su particular atencion) entonces lo pasó ó por algo, ó al menos muy de ligero; pues lo que mas le interesaba era dar con la persona de Vulcano: inuiles eran sus pesquisas, y vanos sus afanes, hasta que encontrándose al Alcayde del Temple de Paris, se llegó á él, y con gentil continente y donayre le dixo: «Sabe vuesa merced por ventura del paradero de un buen coxo, que allá en tiempos de antaño se llamó el dios Vulcano? á fe mia que si lo supieseis, y buena mente quisierais decirlo, grande paga os esperaba...» El Alcayde, ansioso del logro, y satisfecho de la bondadosa oferta del dios del vagar (pues no es otro su oficio) contextóle: «Tiempo hace que está bien amarrado en una prision; pues habiendole cogido en no sé qué trabacuenta nada quieta de manos, ni acrisoladora de honra, con una de las ninfas del palacio real que le favo-

recia en sus tores máhoxes, se le mandó custodiar como él se merece, y con toda la fuerza que para una divinidad se ha menester; y como llegase á los oídos de nuestro arrogado Emperador tan plausible nueva, pronunció en el Senado estas breves y terminantes palabras: «Senadores, la tierra va estando por mia, y el cielo lo estará en breve; pues niñ señor Jove ya no tiene quien le fragüe los rayos destructores, Vulcano está en el Temple». Así dixo, y lleno de júbilo y contento tomó una daga de rapé en dos buenos sorbos, y se preparó para introducir en España á su muy caro hermano Don Josef I., que ya era Rey de Napoles por encanto ó arte de birlbirloque; atonito estaba Mercurio oyendo tantas y tan raras novedades, y mas de una vez tomara por loco al Alcayde, sino fuera porque éste le dió en los hocicos con la carta del Oficial retirado en Toledo, con el alfileramen que formará la posteridad sobre los Anales del dia; con los diarios de Madrid, con las gacetas de Bayona, y con otros mil papeletes periódicos, folletos, y demas escritos de esta ralea. Compusieronse pues lo mejor que pudieron Mercurio y el Alcayde, y Vulcano fue puesto en libertad al instante. Volaron éste y el avisador celeste al Olimpo, donde contaron á Jupiter muy por menudo la postura en que se hallaban las cosas del mundo, y el gran Dios, enojado y

furibundo, trató de escarmentar al tal Napoleón y su *longanísima* familia, limpiando de la tierra estas pollas reales, que bien lo necesitan si en ella ha de haber paz y concordia. Pero como al ruido y murmullo que entre Mercurio, Vulcano y Jupiter hacían, acudiesen muy de puntillas sin choclos ni pañuelos Pedro el Grande, Emperador de Rusia, y Federico II. Rey de Prusia, y escuchasen el desgobierno que por acá abaxo andaba, sin más cortesías ni arengones se presentaron á Jupiter, y pillándole desprevenido, juraban por la laguna estigia castigar su indolencia y liviandad tan condenable, si no aplicaba pronto y eficaz remedio, y teniendo le bien asido del gasfite, le decían: «Juras vengarnos?» Si *jura*, respondía el acusado dios con más miedo que vergüenza, pues más temía á la sazón á aquellas dos sombras regias que en otro tiempo á los gigantes que procuraban espercudirle de su alta morada: armóse en estos dimes y diretes grande algazara en el cielo, y á ella vinieron mas que de paso una multitud de sombras de viejos y apollados monarcas, entre otros que aun se mantenían lozanos y gentiles como quando por este mundo andaban. Jupiter los acogió cortesmente, y les dixo: «Señores, no hemos menester tanta turba para un consejo que debemos celebrar, y así sin que les sirva de enojo, ni les huela á desacato, retiren-

se todas, menos Pedro el Grande de Rusia, Enrique IV. de Francia, Federico II. de Prusia, Lorenzo de Médici de Florencia, y Carlos V. en Alemania, y I. en España: á los demas les deseamos quietud y bienandanza.» Todos sumisos y sobradamente cortesanos hicieron una profunda reverencia, y se volvieron á sus posadas. Salos y tranquilos los miembros del soberano consejo, les arengó el supremo Jove con palabras de este tenor: «Augustas sombras, altos monarcas, que aun vivís en la fama ilustre y celebrados, fuerza es decirlo, sin que os haga payor ni temais por ello mengua, que vuestros lucidísimos empenos están muy perdidos, y en alto grado olvidados de vuestras hazañas y proezas. Á tí, ó Pedro el Grande, debo decirte en honor de verdad, que tu ilustre sucesor Alejandro I. ha descuidado por un momento tus glorias; pero acaso á estas horas las recuerda, con creces: á tí, ó Enrique IV. vergüenza me da decirlo, te aviso que tu dinastía está á pique de desaparecer de la lista de los Reyes de Europa, y la sucede una dinastía que no se sabe de donde vino, ni de quien es protegida; pues yo á fé mia ni la protejo, ni la amo: á tí, ó Federico II. como tendré valor para anunciarte que todo el fruto de tus sudores virtuosos, y del ardimiento de tu corazón, está enteramen-



me dañado, por no decir contemplado: á tí, Lorenzo de Médici, te declaro que tu insolento y envidiable estado ha perdido hasta el nombre; y á tí, yo Carlos V., te ruboriza el pensar, te hago saber que todos tus estados de Italia están dados á manos de advenedizos y mercenarios; los Países Bajos desollados completamente, y sujetos á señores que en tu tiempo se holgarán de ser soldados pliberos: tu cuerpo germanico bajo la protección de un Emperador de los Franceses, furioso, y mas feroz que el mismísimo Aníbal; tu España gloriosa y amenazada de quedar esclava de un hermano de este sanguinario Emperador, tus varias colonias prontas á desunirse de la metrópoli, y á estrarse del yugo que la amaga. En fin, augustinas sombras, todo está perdido: ¿para qué más á vuestro sabor congeais el estado de las cosas, mirad hacia la tierra que yo quiero y permito que la veais: quiero que de repente sepais lo accaduto en el mundo después de vuestra muerte: y así de acuerdo conmigo decretad y resolved lo mas conveniente para restablecer el orden, y destruir el vicio y la tiranía. Dixo, y de repente diáfano el Olimpo, descubre á sus miradas ansiosas el orbe; el libro de los destinos se abre, y en sus paginas los pinta la historia de sus descendientes. Entónces eran de oír los sollozos de aquellos heroes, que solo casos de cat-

ra nota hicieran sollozar: entónces fue de ver el arrojó con que tomando la palabra Pedro el Grande, exclamó en altas voces:

«Es posible que aquella Nación Francesa, que tanto estimo, haya degenerado hasta el extremo de ser la cuna de esos vándalos masoladores de la Europa? ¿Y es posible que este sistema glorioso de mi sucesora la grande Catalina II. haya sucedido un sistema de alianza con ese Napoleon, que apenas descubro, aunque sentado en su pomposo trono, manchado con la sangre de los desecientados del Gran Luis XIV., y sostenido sobre el cadaver del desgraciado y virtuoso Luis XVI.? ¿Es posible que cierran mis puertos á la Inglaterra, esperanza del desvalido Continente? ¿Es posible que aquella marina que nació por mí, que por mí se formó, quiera empeñarse en lucha desigual con las flotas de la Gran Bretaña? ¿Es posible que en mi buena Capital de Petersburgo se acoja con aceptación al Embaxador de ese Napoleon, que así se le agasaje, que así se falte al decoro de mi purpura y de mi cetro? ¡Ah, Rusia, Rusia!»

FEDERICO II. «Y yo quantos motivos no tengo de gemir? ¿Que se han hecho mis triunfos en la Silesia, en la Polonia? ¿Que ha sido de todas las ventajas que proporcionaron los manejos de mi política, el esfuerzo de mis armas, y el lustre de mi reputa-

«cion? Yo temido mientras vivi, ahora insultan mi sombra, ahora me apellidan el «Sarmata (1), ahora que confían en mi silencio sepulcral, se atreven á profanar la «losa que cubre mis cenizas? animaos, reliquias «mías, vengadme... yo desde el Olimpo os «presto la bizarría de mi carácter, la penetración de mi ingenio, el acierto de mis «disposiciones.

LORENZO DE MEDICIS. «¡Pobre patria mía, «centro de la ilustración, asilo de las artes, «domicilio de las ciencias, manantial de la «prosperidad... ni el nombre conservas! mudos y esclavos Florentinos, fixad la vista «en esos lienzos que os han transmitido mi «imagen y la de mis celebres sucesores; fixadla... ¿no veis el ceño que anima esos «retratos, no conocéis que os incita á la gloria, que aguija vuestros corazones, y los «estimula para que volvais á vuestra independencia?...

(1) En efecto, después de la paz de Tilis, en la Gazeta de Francia le llamaron Sarmata, y le pintaron como á un Monarca necio, infame y despreciable: ¿que ceguera, qué villanía, atacar la memoria de un Soberano tan ilustre y sabio, que durante su vida se hizo respetar y temer de la Nación que ahora le insulta! ¿Que de molde les venia á estos inconsiderados críticos la fabula de los Perros y el Trapero, de Iriarte!

ENRIQUE IV. «¡O nunca mis ojos alcan- «zasen á ver tan horrible espectáculo! mis «victorias de Arcques, de Ivry y de Courtrai «las glorias de mis armas, mis esfuerzos para «regenerar la hacienda violada y deteriorada, «mi protección decidida á favor del talento, «mi anhelo de engrandecer la Nación Fran- «cesa; ¿todo esto no ha servido sino para «que ella se haya manchado con los horribles «borrones del depravado Jacobinismo, para «que unas violentas y despoticas conscripciones aniquilen las artes y la agricultura, pa- «ra que un tirano empúese el cetro del mas «ferreo despotismo en medio de las extraviadas «cavilaciones de unos necios republicanos, «para que las tropas francesas, qual nueva «irrupción de los bárbaros salidos del Norte, «talen la Europa, autoricen los destronamientos, arrayguen la tiranía, y exterminen los «Templos y la Religión? ¿Que horrores, qué «inauditas maldades!

CARLOS V. «Asombro y desusada extra- «ñeza me causó el ver las reliquias de mis do- «minios. ¿El Emperador de Alemania, la «Casa brillante de Austria reducida á tal men- «sura? ¿La Westfalia famosa por el solemne «tratado que afirmó la constitución del cuer- «po germanico, hoy dando nombre al rey- «no de un aventurero? ¿Los Electores de «Baviera y Saxonia, Reyes hoy, y sin em- «bargo mas miserables y menos honrados que

«con sus antiguos títulos? Los Países Bajos, unos que peleaban por su libertad en tiempo de mi hijo Felipe II., y la alcanzaron a fuerza de fatigas y competencias, hoy de republicanos activos, transformados en esclavos flamencos? Y otros unidos a ese imperio colosal, pero precario y frágil, llamado francés? Mis estados de Italia en poder de un Virrey nacido en la obscuridad, y poco apto para el gobierno? Y las famosas Venecia y Genova esclavas también? Y ¡mi España...! ¡ha! mi España es la única que conserva su valor, su carácter, su denuedo, su honradez... ¡ó si yo viera! como al frente de sus tropas renovaría mis gloriosas expediciones! Ella es la única que con arrogancia temeraria hace frente a la usurpación, ella la que venera todavía su religión, ella la que se estima en lo que vale, que pocos conocían, ó muchos querían desconocer... en fin, ella es el único maestro que todavía promete venganza á todos los dominios que mandabamos, vosotros, augustos compañeros, y yo también....»

Tales fueron los razonamientos de estas respetables sombras, entre las cuales nació sin embargo algun descontento. Quejábase Pedro el Grande de que Federico II. hubiese intentado invadir su Imperio en tiempo de la Emperatriz Ana. Enrique IV. de que Felipe II., hijo de Carlos V., hubiese favorecido el par-

tido de la Liga contra él: Carlos V. se daba por agraviado de que un descendiente de Enrique IV. dominase la España: Lorenzo de Medici sentía que la Toscana hubiese pasado á manos de un Archiducado de la Casa de Austria: pero Jupiter les dixo, que no era aquella ocasión para quisquillas y desavenencias, que al fin todas estas mudanzas nacían ó de derechos ciertos para suceder, ó de enlaces entre sus familias, todas ilustres y reales, y que lo que importaba era acabar con la nueva familia napoleónica: que él, como encerrado siempre en su Olimpo, no estaba muy práctico en materia de negociaciones diplomáticas, ni en manejo de armas; pero que les ofrecía su poder, sus rayos, su vigilancia, y quanto de su parte estuviera. Reunió pues todos decretaron que se haría saber á los actuales Reyes de Europa (no contando los espurios, sino los de rancia antigua) que aún podían destruir al feroz enemigo que tan desapiadadamente los perseguía: *Que España, sobrada en valor, rica en talento, fecunda en heroes, y tenaz en sus empresas, dará la libertad al occidente y mediodia de Europa: Que la Rusia establecerá la independencia del norte con el denuedo de sus legiones; para lo qual, atenta á sus verdaderos intereses, romperá la vergonzosa alianza que tiene firmada con el novel y recién aparecido Emperador Napoleon: Que la Austria afirmará el reposo y*



libertad de los países centrales de la Europa con sus antiguos y veteranos ejércitos: Que la Inglaterra con su predominio marítimo y su sabio gobierno dará una paz sólida al orbe; así se unirán estas Potencias para no dexar vestigio ninguno de Napoleón, punto esencial y de primera necesidad, para que no se vuelva a turbar el sosiego del mundo; para conservar el honor, para mantener la religión, para defender el derecho de la humanidad; y en fin, para vivir baxo los verdaderos Soberanos en el seno de la ilustración, de la seguridad y de la abundancia. Y que estas quatro Naciones aliadas restituirán todos los Tronos y países usurpados a sus legítimos dueños. Con lo qual cada uno se volvió consolado á su morada.

Estas noticias (que son verdicas) se anuncian al universo, para que sabidas las resoluciones de los respetados Monarcas que en el Olimpo moran, se executen al instante con todo el esmero que es de esperar por ser de interes general su cumplimiento. Todas las demas nuevas que se reciban del otro mundo se avisarán al momento para satisfaccion del publico.

*Filopolo.*